

SHELDON S. WOLIN: *Tocqueville Between Two Worlds*, Princeton University Press, Princeton, 2001. 650 páginas.

Esta es una obra largamente esperada por los seguidores de este gran pensador. Wolin ha sido un docente excepcional, con una influencia de primer orden en la teoría política que hoy hacen sus contemporáneos; sin embargo la extensión de su obra es limitada. Su fluidez al escribir no casa con la parquedad de sus publicaciones. Después de su impresionante *Politics and Vision* (1960), encontramos una pequeña joya en su *Hobbes and the Epic Tradition in Political Theory* (1970); y ya hemos de esperar a 1992 para encontrar su densa obra *The Presence of the Past*. Ciertamente sus artículos han sido con frecuencia de extraordinaria originalidad e influencia.

A pesar de su ya lejana jubilación, lo que su esposa Emily calificaría en su momento como tan sólo *stop teaching*, Sheldon Wolin no ha dejado de estudiar e investigar con una profundidad excepcional en los temas más relevantes de hoy. Su último trabajo de repercusión mundial había sido, hasta este libro que aquí comentamos, su *Fugitive Democracy*, de 1996.

Sabíamos también que se hallaba embarcado en una obra importante. Pero lo que en su momento parecía iba a ser un segundo avance monumental, tras su *Politics and Vision*, y se iba a llamar *Power Dialogues*, ha ido dejando paso al mencionado *The Presence of the Past* y a este gran libro que aquí reseñamos sobre uno de sus pensadores más admirados, Alexis de Tocqueville.

Sorprendentemente, Wolin se enfrenta a Tocqueville un poco al estilo de los grandes biógrafos de la tradición inglesa. Respeta la cronología, sigue la obra del personaje y la coloca junto con los acontecimientos de su vida como el que contempla un río caudaloso y lento de las campiñas inglesas.

De todas maneras, deja bien claro desde el comienzo que él no va a entrar en los detalles de la vida del personaje. Wolin está interesado en la obra de Tocqueville, en su profundidad, en sus conexiones internas y en su significado político. Su interés no está en la vida del hombre, sino en la obra teórica. Su libro es tan pulcramente profesional, que nos abre el camino con dos capítulos sobre la teoría moderna, uno sobre el entrecruzamiento de la teoría con el poder moderno y otro sobre la idea del viaje teórico que todo gran autor acaba por realizar en su vida.

Es evidente que, en el caso de Tocqueville, Wolin está preocupado por trasladarnos toda la envergadura de su viaje teórico supremo, de apreciar las composiciones de este gran autor de la teoría política, desmarcándose en todo momento de los ingredientes psicológicos del protagonista.

Lo que le importa es entender esta entrada lúcida de un viajero de excepción, como Tocqueville, que descubre y teoriza en un mundo sorprendente. Está en juego el descubrimiento de la democracia que Wolin supone debió ser el gran hallazgo de Tocqueville en América. Una democracia genuina en la que los ciudadanos se habrían trasmutado a través de su vida cotidiana, entregados como estaban a la construcción de un mundo nuevo y presa de un celo político extraordinario y fructífero.

A partir de aquí, de su asombro y de su rendido amor por la tierra madre de la democracia moderna que es América, el Tocqueville de Wolin se va diluyendo página a página en el país al que rinde tributo, y poco a poco los lectores nos encontramos hablando y admirando América.

Quizá América es la gran protagonista de este libro, ya que en ningún momen-

to parece interesarle a Wolin el Tocqueville que había vivido en Francia una política muy retorcida, el Tocqueville que se había posicionado un tanto siniestramente sobre las campañas militares de la Francia colonizadora en Argelia o sobre los problemas sociales internos de su país. A Wolin, no parece importarle demasiado que el joven juez esté proyectando posiblemente en sus comentarios de América todo lo que no se atreve a decir en su país; tampoco repara en las increíbles amnesias de su Tocqueville sobre algunos aspectos muy sórdidos de lo que ha dejado atrás.

Quizá sea una de las páginas más hermosas de este libro aquélla en que su autor reflexiona sobre la política moderna. Wolin recalca la «fascinación moderna con una identidad que se forja únicamente tras una terrible experiencia en la que la humanidad es arrastrada hasta el borde del abismo» (p. 18), y diferencia con sensibilidad entre los dioses griegos de la épica de Homero, cuyo poder era impredecible, y el Dios hebreo cuya *unpredictability* se conservaba, pero era ahora atribuida a un dios creador del mundo (p. 19). Para Wolin, la experiencia del poder sigue siendo la cruz y matriz de la modernidad.

Otro aspecto importante de este libro es su capítulo II, en el que el autor nos habla sobre la teoría entendida como viaje teórico. Un capítulo de extremado interés para los estudiantes de teoría política, escrito por un maestro supremo de la disciplina desde la cumbre de su experiencia. La palabra teoría, nos dice Wolin, viene del verbo griego *theorein*, que significa ver, observar (p. 34). La teoría llegó en el mundo clásico a estar tan asociada a las historias que cuenta el viajero a su regreso desde tierras distantes y desconocidas, que tales viajes llegaron a tener la condición «de metáfora del propio teorizar» (p. 35).

De todas formas, pasado este punto, el libro se dedica a los traslados de un joven francés por una tierra en donde

«descubre la democracia», una democracia que es vivida cotidianamente. Y Tocqueville se nos aparece como un pensador privilegiado por captar las novedades que encuentra, por reflexionar sobre su alcance y por admirarlas, por vivir en su persona el encuentro con lo sorprendente, «*Encountering the amazing*» (part Two).

Puede que algunos seguidores de Wolin encuentren en este libro el avance sustancial que esperaban de su pensamiento. Para ellos, las reflexiones que al final del libro Wolin nos entrega sobre lo que él llama la *postdemocracia* (cap. XXVI), o las meditaciones tan avanzadas al negar la «soberanía del autor» para pilotar su texto (p. 563), serán con razón pasos importantes en la comprensión del mundo por parte de un Wolin muy sensible a los avances postestructuralistas. Wolin caracteriza a Tocqueville, como en su momento hizo con Hobbes, como alguien que era «el último de su especie» (p. 564), en cuyo trabajo temático «el elemento más importante es lo arcaico» (p.565). Todo ello nos introduce en un cierto tono crepuscular en el que Tocqueville parece llegar a vislumbrar el destino fatal de una democracia condenada a sublimar lo político, a sufrir el hundimiento de la política ante la prepotencia de la economía (p. 571). Un mundo ultramoderno en que las expresiones que explican la soberanía popular se transforman en teorías de la «elección racional» y «de preferencias de los votantes», mientras que las encuestas sobre los votantes no se distinguen de las investigaciones sobre el consumo (p. 571).

Por el camino queda el elogio subrepticio de los pensadores americanos que siempre se escondieron tras la democracia radical norteamericana. Wolin nunca la acaba de traer a colación para reivindicar su entendimiento de la democracia al estilo norteamericano. Su tergiversación benigna de Tocqueville insiste en afirmar una supuesta democracia popular, sencilla

y real, producto de una experiencia irreplicable que se dio naturalmente en los USA. Una especie de milagro histórico que ha ido después contaminándose hasta acabar desvirtuada. Claro que, con su extraordinaria capacidad crítica, Wolin no puede atreverse a reivindicar a las claras a pensadores como Ralph Waldo Emerson, John Dewey u otros claros precedentes de su pensamiento. En realidad, Wolin se muestra más solo que nunca en

un amor patriótico admirable a su América; un elogio que no puede sostener en el terreno teórico debido a su excepcional lucidez y a su finura crítica. Su obra sobre Tocqueville se permite estas licencias benignas que, ante la magnitud de lo que aporta, hace fácil no querer pedir cuentas a tan noble e indiscutible maestro.

JAIME MACABÍAS